

2020-01-01

Hélida

Margarita Lucia Mejia Rodriguez
University of Texas at El Paso

Follow this and additional works at: https://scholarworks.utep.edu/open_etd



Part of the [Creative Writing Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), and the [Women's Studies Commons](#)

Recommended Citation

Mejia Rodriguez, Margarita Lucia, "Hélida" (2020). *Open Access Theses & Dissertations*. 3004.
https://scholarworks.utep.edu/open_etd/3004

This is brought to you for free and open access by ScholarWorks@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of ScholarWorks@UTEP. For more information, please contact lweber@utep.edu.

HÉLIDA

MARGARITA LUCÍA MEJÍA RODRÍGUEZ

Master's Program in Creative Writing

APROVED:

Rosa Alcalá, Ph.D., Chair

Sylvia Aguilar Zéleny, M.F.A.

Oscar Godoy Barbosa, M.F.A.

Stephen L. Crites, Jr., Ph.D.
Dean of the Graduate School

Copyright ©

by

Margarita Lucía Mejía Rodríguez

2020

Dedicatoria

Para mi hija Violeta

HÉLIDA

by

Margarita Lucía Mejía Rodríguez, B.S.C.J.

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fulfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

May 2020

Agradecimientos

De todo corazón agradezco a mi abuela Héliida Marmolejo, quien en los últimos años me confió su historia. ¡Por su valiente vida!, por lo que aprendí en cada una de nuestras conversaciones y durante la escritura de este libro, por su aliento y su sinceridad al responder a todas mis preguntas. Agradezco también a cada uno de mis tíos: Horacio, Arabella, Gabriel, Tulio, Fernando y Carlos, y a mi papá, por permitirme entrevistarlos. Gracias a Marisol, por recibirme en su casa en Bahía Solano, a Piedad, del hotel en Tumaco por su amabilidad y por indicarme dónde conseguir información sobre mi familia, a los Navas por su colaboración. A Lico Biojó, por mostrarme la casa donde vivió mi abuela. A Salvador, mi novio, por darme ánimo, por brindarme un espacio en su casa para usarlo como estudio y por las deliciosas comidas que me preparó mientras escribía. A la poeta Rosa Alcalá y a la escritora Sylvia Aguilar, mi profunda gratitud, por haber sido mis mentoras, interlocutoras y grandes maestras de escritura en poesía documental.

Deseo reconocer a todas las personas que me respaldaron antes y durante mi viaje a El Paso, Texas, para hacer este M.F.A. en Escritura Creativa, sin ellas, este libro no sería posible. A mis padres y a mi hija Violeta, por su generosidad y apoyo incondicional, por siempre creer en mí, a pesar de cualquier adversidad. Agradezco muy especialmente a mi papá por escucharme y darme ánimo. Durante este tiempo fue mi principal apoyo moral, emocional y en ciertos momentos también fue mi soporte económico. A mi madre, por darme fuerza y esperanza de que mi niña vendría conmigo. A Violeta, por su solidaridad, por bonito tiempo juntas durante mi maestría, por hacer sus tareas en mi salón mientras yo tomaba clases, por caminar conmigo bajo el sol del desierto, desde la casa hasta la universidad. Por su buen humor, por sus observaciones agudas y sus ocurrencias, por acompañarme a todo y por convertirse en una de las mejores estudiantes de Wiggs Middle School.

Gracias también a mis amigos, que estuvieron dándome su fuerza y llenándome de fe. A Adriana, por escucharme y animarme siempre. A Luis Enrique, por cargar mis innumerables cajas y libros, por escribirme en las mañanas frases alentadoras, por encargarse de vender mi carro cuando salí de viaje hacia El Paso. A Jaime, por su franqueza y sus consejos, por hospedarnos a Violeta, a nuestra gata y a mí en su apartamento por dos semanas cuando ya había rentado mi casa en Bogotá. A Olga Lucía, a María Ximena y a Isabel por tanto cariño, hospitalidad y por estar allí para mí. A la poeta Andrea Cote, a su esposo Nelson y a su hijo Pablito, por recibirnos en su casa y tratarnos a Violeta y a mí como si fuéramos de la familia. A la profesora Rosa Alcalá, por su solidaridad, por donarme muebles y objetos para hacer habitable mi apartamento en El Paso. Ella, su esposo Jeff y Raquel, su niña, estuvieron siempre para echarnos una mano. A mis profesoras, profesores, compañeras y compañeros por su generosidad con mi hija, por permitirme llevarla conmigo a las clases. A Tim Hernández y a Daniel Chacón, por invitarnos al Festival de la Palabra en Silver City. Por tanta generosidad recibida. A Xóchilt Sequeira por su amistad y por despejar mis dudas académicas, a Mario Martz, por haber sido un gran interlocutor literario. El Departamento de Escritura Creativa de UTEP es una facultad gentil y solidaria con sus estudiantes, que ante todo privilegia la creación. Gracias de verdad por tanto aprendizaje durante mis clases y en las lecturas. Y gracias a Dios por todo lo que me ha dado, por su protección y por los ángeles que me cuidan.

Índice

Agradecimientos.....	v
Índice.....	vii
Listado de imágenes.....	viii
Prefacio Crítico.....	1
Presentación.....	1
Entramados. Elección de una figura.....	2
Tradiciones literarias de Héliida.....	6
El Libro. Héliida es palabra es gesto y es ícono.....	12
Ramas o bifurcaciones.....	13
El uso de las imágenes.....	15
El libro y sus desplazamientos.....	17
Héliida (<i>líbrido</i>).....	18
Referencias.....	118
Bibliografía Prefacio Crítico.....	118
Fuentes directas para la escritura de Héliida.....	120
Libros consultados.....	121
Bibliografía de las imágenes.....	123
Vita.....	124

Listado de imágenes

Universo prieto.....	25
Hélida y su amiga bajo el almendro.....	33
Virudó, antigua vereda Palosecal.....	41
La red.....	45
Constelaciones acuáticas.....	51
La lechuza.....	54
Mi papá y mis tíos en la playa.....	60
Mi cuerpo es el mar (1).....	65
El espíritu del agua (1).....	69
El espíritu del agua (2).....	73
El espíritu del agua (3).....	77
Mi abuelo Julio Mejía.....	85
Mi abuela Hélida y sus hijos	92
Mi cuerpo es el mar (2)	102
Cuaderno de costura.....	110
Herencia /díptico.....	116

Prefacio crítico

*Sin duda, era como Rita, incólume a pesar de las heridas,
de las pérdidas, de las mudanzas. Siempre se puede volver a echar raíces.*
Yijhan Rentería Salazar, "Mi abuela Rita".

Presentación

Hélida es el viaje de una nieta hacia un pasado familiar a través de la figura de su abuela paterna, una mulata crecida en el pacífico colombiano. El yo poético siente el impulso de conocer la tierra donde nació su abuela y va al encuentro de un paisaje de selvas húmedas junto al mar. Entre poemas, prosas cortas, fragmentos de la voz de la abuela, sueños y fotografías, la nieta reconstruye la historia familiar de sus abuelos, revelando el mestizaje, las vicisitudes y las pérdidas. Descubre las desventuras que la abuela experimentó durante su vida, pero también la resistencia con cual enfrentó la adversidad. Se pregunta por sus orígenes, su propio proceso de mestizaje y revela aspectos como el racismo que subvierte la historia familiar y la historia oficial colombiana. Menciona el pasado del territorio. Se pregunta por su propia escritura, -un ejercicio de costura con hilos rotos-. Reivindica el trabajo de la abuela como modista y le hace un homenaje simbólico, convirtiéndola en su heroína. En el texto el yo poético viaja, sueña, especula, divaga, encuentra tropiezos en la búsqueda, se hace preguntas y ofrece espacios de silencio que invitan a pensar.

Entramados. Elección de una figura

Para convertir la historia de mi abuela Héliida en un libro, necesitaba encontrar una estructura orgánica en la cual soportar mi escritura, una figura flexible que me permitiera hacer coincidir la historia de la abuela con aspectos que la rodeaban de manera indirecta, pero que yo tenía la intención de mencionar. Me interesaba contar la historia de la mujer que fue mi abuela con sus logros y dificultades, una muchacha mulata, afrodescendiente, creciendo en las costas del mar pacífico colombiano e incluir su ser de mujer y de madre, su vida con mi abuelo paterno y su trabajo como modista. Pero también, esperaba abordar la relación de ella con su raza de origen, mi viaje a sus tierras, mi propio mestizaje y mis preguntas sobre la relación de mis ancestros con las culturas africanas.

La idea de una identidad rizomática me pareció reveladora y apropiada para mi escritura. Edouard Glissant, filósofo de Martinica, adaptó el concepto de rizoma de Deleuze y Guattari¹ a los pueblos de las Antillas, “La *identidad-rizoma* permite desentrañar las múltiples realidades de los pueblos. En oposición al tallo único y subterráneo que es la causa u origen de algo, el rizoma es la interconexión de raíces que produce y construye constantemente, en relación con un/unos Otro/s, la identidad” (Nahir Irene, 8).

La historia de Héliida no viene de una raíz única, sino de un entramado de raíces que la conectan a ella y a mí con la colectividad del territorio del pacífico colombiano, su paisaje, las costumbres, su historia, la diversidad de la naturaleza y los antepasados. Por esa razón, decidí valerme de una

¹ “Cualquier punto de un rizoma puede ser conectado con cualquier otro y debe estarlo. Es muy diferente del árbol o de la raíz, que fijan un punto, un orden”. (Deleuze, G. y Guattari, F. 13)

estructura rizomática para construir el texto. Me planteé la historia de Hélida como un organismo complejo, compuesto de materia viva, es decir, en movimiento. Los aspectos que deseaba incluir, incluso si me parecían distantes, podían coexistir en el texto como los tallos rizomáticos que se ramifican en cualquier punto, pero sus partes se mantienen interconectadas. Esta figura se convirtió además en una metáfora que aparece en el libro en varios momentos, como en este poema:

Ella tenía la herencia
de aquellas plantas perennes
que al ser llevadas lejos de su origen
logran germinar en ambientes hostiles
saben volverse acuáticas o aéreas
y ser errantes

ella podría
subsistir
incluso
si fuese talada
su tallo hecho de nódulos
haría crecer nuevas raíces y ramas. (20)

Hélida, debido a circunstancias ajenas a ella, debió desplazarse y adaptarse a nuevos territorios en distintos momentos de su vida. Este poema es el segundo del libro, está inspirado en los lirios acuáticos, cuyas raíces son rizomáticas, y tienen la capacidad de reproducirse en condiciones adversas. A lo largo del libro establecí interconexiones orgánicas entre los distintos textos e imágenes. “La relación, es un modo de andar en el mundo, entendiendo y aceptando la multiplicidad. Es un encuentro dinámico, donde debe primar la apertura hacia las diferencias, garantizando lo *diverso*” (7).

Para Glissant, el concepto de: *lo diverso*, se opone a otro concepto que él llama: *lo mismo*. Según Irene Nahir, *lo mismo* es lo establecido, mientras *lo diverso* implica una búsqueda de identidad para dejar de ser *lo mismo*. Lo que parece un juego de palabras, es en realidad una idea que me sirvió para comprender mejor mi construcción escritural. Desde mi punto de vista, la historia de mi abuela, mi búsqueda por la identidad, el origen racial y el pasado de mi familia son un alejamiento de *lo mismo*, (lo establecido), en este caso la historia oficial, pero también la historia oficial familiar. Por lo tanto, mi escritura en términos de Glissant, es un llamado a *lo diverso* (8).
Cómo se lee en este fragmento:

Yo buscaba raíces
que nadie quería
reconocer
en mi familia había ocurrido
un lento blanqueamiento
tanto mi bisabuela
como mi abuela
eligieron
hombres de piel más clara
para formar sus hogares
a lo que llamaron
mejorar la raza. (67)

El yo poético intenta rastrear sus orígenes, pero se tropieza con las costumbres familiares. Lo que implica subvertir una historia oficial familiar establecida (lo mismo), en busca de la propia identidad diversa.

Las opacidades pueden coexistir, confluír, tramando tejidos de forma tal que la verdadera comprensión portará sobre la textura de esta trama y no sobre la naturaleza de los componentes (Glissant, Edouard, 204).

La opacidad, según el filósofo antillano, plantea el encuentro de las diferencias, incluso la inclusión de lo no resuelto. Asumir la dificultad que me planteaba establecer relaciones entre los textos escriturales que pretendía usar, me sugirió que podía desplazarme entre contornos que no son claros y reconocer así, mi propia opacidad dentro de la escritura. Había cosas del pasado familiar que no tenía como aclarar o que sencillamente no podía ver al estar demasiado cerca de la historia de mi abuela:

Este libro es
un viejo proyector averiado
que suelta imágenes azarosas

y es también un ejercicio de costura
el intento de unir retales de un pasado
que ya nadie quería recordar

(71)

Asumí las dificultades como una oportunidad de creación. La escritura me fue mostrando las posibilidades de relación y tensión. Quizás, el libro no se resolviera del todo, pero confié en que la textura del entramado y sus contornos aportarían un conocimiento. La figura del rizoma de Glissant, como soporte para mi escritura, me permitió establecer relaciones orgánicas, hablar desde lo diverso y construir usando contornos y opacidades. Por ejemplo, las fotografías del mar en el libro, configuran un tejido visual que interactúa con la palabra escrita. Son el silencio y la respiración. Contienen el pasado de la abuela y del territorio. Son el universo de opacidad.

Tradiciones literarias de Héliida

La escritora mexicana, Yolanda Segura, en su ensayo, *Otro modo que no se llame*, piensa en un tipo de literatura “que se cuestione y renuncie a las estructuras cerradas, convencionales y acabadas” (186). Para la escritura de mi libro, yo había decidido partir de un formato no convencional, y confiaba en que el lector podría penetrar en él aportando su propia mirada y establecer, quizá, nuevas relaciones.

La autora menciona un fragmento del poema de Rosario Castellanos llamado “Meditación en el umbral”, que cuestiona las escrituras y los personajes femeninos en la literatura. *No, no es la solución /tirarse debajo de un tren como la Ana de Tolstói /ni apurar el arsénico de Madame Bovary (...) No es la solución /escribir mientras llegan las visitas /en la sala de estar de la familia Austen (...) Debe haber otro modo que no se llame Safo /ni Mesalina ni María Egipciana /ni Magdalena ni Clemencia Isaura /otro modo de ser humano y libre /otro modo de ser* (Ciudad Seva). Segura, a través de la voz de la poeta, apela a un tipo de escritura que convoque “más cuerpos en común” (186), y que esté cerca de cualquier mujer. La historia de Héliida, es una respuesta a ese llamado: alguien que se llame Héliida, una mujer anónima con una historia en la que otras mujeres pueden encontrar puntos en común. Hay un poema donde mi abuela asiste a un baile en compañía de su marido, una fiesta espléndida en la que ella ha bailado toda la noche. El final del poema dice:

con voz pausada
te pide
hacerle una promesa
que mientras él viva no vuelvas a bailar. (64)

En la siguiente página, vemos una fotografía del mar nocturno, es una textura abstracta puesta allí para señalar ese silenciamiento. Silencio llama silencio. Pretende que el lector respire y piense. Para expresar dicha opacidad resulta mejor usar una imagen. Como Héliida, muchas mujeres hemos hecho promesas que de algún modo nos mutilan, cualquiera puede establecer sus propios vínculos. Héliida, se sitúa en esa nueva tradición que Segura invoca, y a la cual ella pertenece, el mismo ensayo comienza con una reivindicación de sus abuelas: *pienso en el tiempo y el trabajo que ellas dedicaron, para que yo pudiera, sin que supiéramos que eso pasaría, ser libre para escribir estas líneas.* (177). Héliida se emparenta con la escritura poética de mujeres que escriben sobre sus abuelas, y sus familias, como Marisela Guerrero, también mexicana, en su poema Carmen, que retrata a su abuela: *Ponles sal, ráyalos muy fino”, también decía. /Yo le quería con toda el alma/ como se quiere sólo una vez/ eso cantaba con los ojos y nadie la veía, mi abuela* (Lylikaline).

En esa misma tradición, hay dos textos que son referentes para mí en la escritura de Héliida, el primero es: “Esta novela azul”, de Valerie Mejer Caso, otra poeta mexicana. Uno de los libros más hermosos que he leído en los últimos años. El yo poético escribe sobre su familia, sus padres, sus abuelos, las tías. La autora abre con un mapa que une el pasado al futuro a través de imágenes en las que marca una ruta para sí misma: *Ayer, en caída libre, dibujé la puerta que hoy abro (...) Vi las casas de mis abuelos irse al fondo como un ancla. Ellas se hunden, yo asciendo* (13). Hay una suerte de vuelo del yo poético a lo largo del libro que transita en un tiempo remoto que es a la vez muy vívido. Los poemas avanzan en un discurso continuo, pero entramado. Se trata de una escritura rizomática, incluso, pude encontrar referencias dentro del texto: *Los árboles están ahí, sólo hay verde en la parte más alta (...) Entre sus raíces (que juntas son escritura) baten sus alas* (68). El texto incluye fotografías de los familiares en página completa, ocho en total, dispuestas

de manera evocativa. Hélida, no se parece a esta construcción, sin embargo, yo también intenté establecer rutas para el lector, como en este fragmento:

La ciudad entera crecerá rodeando su ruina
pasará medio siglo de polvo
una mujer plantará en ella
palabras como semillas
renacerá
y será la casa de las transformaciones (58)

El segundo texto, quizá mi mayor influencia para la construcción de Hélida, es “You Animal Machine”, de la escritora norteamericana Eleni Sikelianos, libro sobre su abuela bailarina del vientre, la Griega Dorada. Ella reconstruye su árbol genealógico y la historia de su abuela. El libro en sí mismo es el testimonio de su búsqueda de identidad. Se trata, de un entramado complejo, cuya estructura transita entre mapas, poemas, fotografías, prosas que son reconstrucciones históricas entrelazadas con versos, una taxonomía, listas, entrevistas, dibujos a mano, recortes de periódicos. Es un universo abierto en el que cualquier nuevo texto, imagen o poema podría entrar. Durante la lectura, me di cuenta de que se trataba de un libro que exigía una atención radical para unir los distintos aspectos convocados alrededor de la figura de su abuela y su línea familiar. Quise que Hélida fuera así: un organismo vivo. Aunque, para mí, el exceso de imágenes complicaba la lectura y me producía agotamiento. Aun así, el libro me despertaba fascinación, me atrapaban las referencias históricas y los momentos reflexivos del yo poético, brillando entre la trama: *Veo las líneas de nuestros ancestros abrazados en filamentos que se desdoblán, bifurcando, desapareciendo; hay rupturas en el hilo*². Un libro sobre la búsqueda de identidad, donde la

² “I see the lines of our ancestors laid out in filaments looping (...) bifurcating, disappearing, there are breaks in the thread” (Sikelianos, 1).

escritura traspira libertad. Fue una referencia importante para mí y me llevó a tomar decisiones sobre el tipo de entramado que yo deseaba, por ejemplo, que Héliida tuviera una mixtura menos recargada. Para sostener la construcción, escribí algunos poemas donde el yo poético menciona la naturaleza del libro, en una suerte de autoconciencia. Me valí del oficio de la costura para representar el esfuerzo por reconstruir. El libro es muchas cosas, el yo poético lo sabe y lo enuncia:

En este libro construyo una red
¿Cuántos hilos tiene mi tela?
Los hilos son la materia prima de la urdimbre
armar los moldes entender el orden del puzle
¿Qué pretendo?
reconstruir los vínculos.
usar el hilo de la palabra
coser
lo que está roto
unir las piezas sueltas
tantas
aunque sean tantas (113)

La escritura de Héliida me impuso una distancia de Colombia y de sus referentes literarios. Yo necesitaba estar lejos para conectar con mis raíces, obtener una mejor visibilidad y nutrirme de tradiciones extranjeras, con las cuales mi escritura pudo dialogar. En este recorrido me fui dando cuenta de aspectos que antes no veía, como la relación de mi familia con la cultura afrodescendiente y mi propia relación con ese pasado. Estando afuera, tuve una visión más amplia de la literatura con la que Héliida podía conectar, incluso, durante mis clases conocí autoras colombianas afrodescendientes que en Colombia no se mencionaban en los círculos literarios con

los que yo tenía contacto. Le pedí a un conocedor colombiano que me recomendara escritoras del pacífico, pero en vez de reconocer que no las había leído, me dio el nombre de una, aclarando, que todo lo demás era malísimo. Fue aquí en El Paso, en la distancia, donde me reencontré con esa tradición que me pertenecía, pero que desconocía. Poetas, narradoras, investigadoras, muchas de ellas viviendo fuera, otras luchando contra la discriminación en Colombia: Adelaida Fernández Ochoa, Amalú Posso Figueroa, Ana Yuli Mosquera, Dinah Orozco Herrera, Elcina Valencia Córdoba, Keshia Howard Livingstone, Lolia Pomare Myles, Marta Lucía Quiñonez, Maru Grueso, Paula Marcela Moreno, Sonia Nadhesda Truque, Tania Maza Chamorro, Natalia Santiesteban, Úrsula Mena, Danny Ramírez, Aurora Vergara Figueroa, Mara Viveros, Nayibe Arbolea, Lucía Ortiz, Yuhjan Rentería, Martha Luz Machado, entre muchas, cuyos nombres en Colombia poco se mencionan. Aquí, leí el “Maletín de relatos del pacífico”, publicado en 2017, que la poeta Andrea Cote trajo y donó a la biblioteca de UTEP, valioso compilado de colección, que no está a la venta. Fue frente a las montañas desérticas donde leí, maravillada, la historia de la diáspora africana hacia Colombia, en el libro Rutas de libertad, editado por Roberto Burgos Cantor.

En el pacífico colombiano existe una tradición literaria tanto en poesía como en narrativa escrita por mujeres. Mencionaré tres autoras chocoanas y los textos de ellas con los cuales Héliida resuena. La primera es la poeta, narradora y dramaturga, María Teresa Martínez, nacida en 1913, que, siendo maestra de escuela y madre de seis hijos, escribió novelas, obras de teatro y un sin número de poemas, entre los que se destaca su “Autobiografía” (poética) y “Mi cristo negro” (novela). Su magnífico poema, “Proclama a la vejez”, fue un hallazgo para mí, una manera de intuir el sentir de mi abuela: *es la vejez. El resecado pino /la ninfa del ayer, árbol podado/que vendió su cosecha en el mercado/ de la suerte y el destino* (poetas del siglo XXI). La poeta Amalia Lu Posso, escribió

el libro de relatos: “Vean vé, mis nanas negras”, un encantador e imaginativo homenaje a las nanas chocoanas, que ayudaron en la crianza tanto de la autora, como de cientos de colombianos. Es una celebración a la mujer de raza negra, una invocación a los matices del color de piel y las formas femeninas, al paisaje, al habla y a los ritmos del territorio del pacífico colombiano, y es a la vez, el testimonio de una época. Como tercera autora, deseo mencionar a la joven escritora Yijhan Rentería Salazar. Su cuento titulado “Mi abuela Rita”, es una joya de la literatura contemporánea del pacífico. La narradora cuenta la historia con una delicada riqueza del lenguaje, que une con fluidez las acciones, la historia de la región y la relación de los personajes con el paisaje, a través de una conversación entre la nieta y la abuela en el patio de la casa: *Ella, que se unió a un predador de la selva y se resistió a él sembrando los caminos que recorrieron juntos; ella, que se murió tranquila cuando quiso, tomó mis manos y las llevó hasta el suelo del patio para poner más tierra a la raíz del limonero* (15).

Me gustaría que Héliida perteneciera a esta tradición de escritoras que narran a otras mujeres en las costas del pacífico colombiano. Sin embargo, soy consciente de mis limitaciones con relación a las autoras anteriores: yo no nací en el mar pacífico, la mía es la historia de la nieta que mira desde afuera y que busca en el pasado de su abuela, consiente de la diversidad del paisaje, de la riqueza cultural en el habla y las costumbres, pero distante de ellas. Hasta cierto punto hubo un desprecio de mi abuela hacia su tierra y sus gentes que la llevó a emigrar. Olvidó costumbres, nombres de lugares y plantas. Cuando le llevé las fotos de mi primer viaje ella se sorprendió de mi interés y me comentó que no quería volver por allá. Gracias a tantas preguntas que le hice ella fue recordando. Pero soy yo, la que añora conectar con esas tierras, yo, cuyo corazón se enciende ante la indescriptible belleza de ese paisaje, yo, la mestiza, que se devuelve hacia los antepasados que

mi familia quiso borrar. La que reconstruye la figura de mi abuela y sus hazañas, la que celebra su existencia y se une a ella para recuperar lo que en parte fue ocultado. Mis orígenes.

El libro. Héliida es palabra, es gesto y es ícono

“En África, las prácticas sagradas se articulaban entorno al diálogo con los antepasados, en un sistema que convoca la palabra, el gesto y el icono” (Maya, 197)

En las antiguas tierras de África Occidental, los rituales en los que se transmitían las historias de sus antepasados se consideraban sagradas, pues para ellos, el mundo de los vivos y los muertos era uno mismo, dado que, *una persona es persona por la suma de todos los espíritus de sus antepasados que vienen a añadirse a su propio espíritu*. De tal suerte, sus prácticas incluían palabra hablada o cantada, gestos representados en los bailes del mismo acto ritual e íconos, dibujos en tejidos o figuras talladas en madera. Los tres elementos integrados eran necesarios para transmitir el legado.

La construcción de este libro es el resultado de un recorrido, donde la poesía es un acto simbólico que reúne los tres elementos convocados de las prácticas sagradas en las culturas antiguas africanas: palabra, gesto e ícono, pues Héliida es también un diálogo con mis antepasados.

Palabra son los poemas, es la voz de la abuela, las anotaciones durante dos viajes, las voces de otras personas, la transcripción de los sueños, la especulación y los libros leídos.

Gesto es hacer el viaje, son los encuentros con la abuela, con el padre, con los tíos, la contemplación del agua nocturna y el paisaje, el disparo de la cámara, la escritura sanadora, la reconstrucción, la fabricación simbólica de una corona.

Ícono son las fotografías históricas, un dibujo de la abuela, un mapa en Google, cuatro fotografías del mar nocturno, tres de un estuario y dos del territorio, la foto del cuaderno de costura de la abuela y los dibujos que trazan algunos poemas.

Ramas o Bifurcaciones

En Héliida los límites son permeables. No hay capítulos, los temas se irrigan unos con otros, aun así, se identifican intereses temáticos y desplazamientos, donde los bordes se interconectan. Mi construcción mental estableció nueve ramificaciones.

Primera rama. Introduce asuntos que estarán presentes a lo largo del libro: la figura de la abuela, el yo poético de la nieta que busca, el mestizaje y la añoranza de la nieta por el territorio. Aparecen poemas líricos y poemas en prosa. (19-25) Segunda rama. Intrincada con la primera, es el viaje físico de la nieta al Chocó. El viaje se narra en prosa, intercalado con poemas sobre la historia de la abuela, la opacidad de la historia familiar y el pasado del Chocó. El viaje, además de describir la mirada de la nieta sobre el paisaje, revela frustraciones, complicaciones y equívocos en la búsqueda. (25-41)

Tercera rama. Enlazada a la segunda por un mapa de Google. Despeja un equívoco. Aparece por primera vez la voz directa de la abuela en la escritura. Es el acercamiento de la nieta a la infancia real de la abuela que incluye a los bisabuelos. Su punta es la partida de la abuela y sus padres hacia

otro territorio a manera de relato. (41-51) Cuarta rama. Muy corta e intrincada con la anterior y la siguiente. Funciona como vinculante entre las piezas. El yo poético se hace preguntas sobre su herencia familiar y expresa una necesidad de tener visibilidad. (51-56) Quinta rama. Incluye un poema sobre las casas, aparece la voz de la abuela narrando un evento relacionado con la historia del país, y poemas líricos sobre los abuelos y la vida familiar en Bahía Solano. (57-64)

Sexta rama. Es una asociación de poemas distintos. El yo poético se pregunta por los orígenes africanos de su familia, recupera la historia y especula sobre su propio mestizaje. (65-77)

Séptima rama. Combina el viaje de la nieta a Tumaco con poemas sobre las vicisitudes de la familia, la muerte del abuelo, la sobrevivencia después y las actividades de los niños. Contiene cuatro tipos de escritura: poemas líricos, prosa poética, relatos de la nieta en prosa y la voz de una monja. (78-107)

Octava rama. Es una asociación de poemas sobre el trabajo de costura de la abuela, contiene la voz de la abuela, reflexiones y poemas líricos. Indica una reivindicación que cierra con la construcción de una corona simbólica. (108-116)

Novena rama. Es una meditación, poema en prosa sobre la abuela y el mar pacífico. (117)

El uso de las imágenes

El libro tiene varios tipos de imágenes. Mi intención fue que éstas permitieran un flujo dentro de la narración intrincada, que aportara espacios de respiración y de silencio. Espacios opacos, para el pensamiento del lector.

El dibujo en el cuaderno. Representa a la abuela imaginada por la nieta, con los ojos cerrados, dentro de una red de hilos que salen de sus dedos. Está puesto antes del poema sobre su nombre. Permite que el lector imagine el origen del dibujo. (45)

El mapa de Google. Sirve de punto de orientación dentro del texto, une el viaje de la nieta con la infancia de la abuela. Es el momento donde la abuela le aclara a la nieta el error y le muestra el lugar donde realmente nació. Pero en el mapa no aparece el nombre del pueblo. Por esa razón las palabras de la abuela están impresas en el dibujo, arriba y abajo. Permite que el lector descubra al mismo tiempo que lo hace la nieta. (41)

El cuaderno de costura de la abuela. Su función es de carácter documental, muestra el trazo de la letra, la caligrafía de la abuela. Aporta textura al discurso y huella de lo real. Permite que el lector, si es curioso, lea y roce la vida privada de la abuela, un fragmento de su trabajo, las instrucciones que ella plasmaba para sí misma. (110)

Las fotos del álbum familiar tienen la función principal de situar al lector en otro tiempo, son evocativas, dan cuenta de una situación socioeconómica, un tipo racial y un paisaje. Son documentos visuales que afirman la huella de lo real. El lector puede especular. (33, 60, 85, 92)

Fotografía abstracta del territorio chocoano: es un poema visual, su función es transmitir la distancia del yo poético y el asombro. Sirve además de transición. Es la entrada a un universo nuevo, el comienzo del viaje. Permite que la mirada del lector imagine (25). Fotografía abstracta de la textura de un tronco: poema visual, está puesta luego de que el yo poético se haga preguntas y antes de que considere tomar distancia. Su función es ser un tótem, que guíe al yo poético. Permite que el lector se detenga a observar. (54) Fotografías del mar nocturno. Están puestas para indicar un silenciamiento. Son espacios de opacidad, silencio y respiración. Es el mar, pero no se trata de un océano turístico. Representa lo que no podemos identificar, lo que ha sido ocultado o mutilado. Es también el mar de los navíos. Permite que el lector intente mirar en la oscuridad. (51, 65, 102) Tres fotografías de un estuario. Es un tríptico que configura un poema visual. Están puestas cuando el yo poético se pregunta por la relación de su familia con África y especula sobre su mestizaje. Es el momento en que se mezclan las aguas del río con las del mar, la lucha de las aguas sobre la piedra. Representan la lucha racial y el mestizaje. En la primera el mar entra dibujando un rostro sobre la piedra. La segunda es el choque de las aguas. En la tercera, el mar sale, revelando una nueva identidad de la piedra. Funcionan como un momento de flujo. Permiten que el lector avance en el recorrido. (69, 73, 77)

Retratos de la abuela y de la nieta. Estas dos imágenes son gesto e ícono. El legado.

Son elocuentes. Representan lo que se ve. (116)

El libro y sus desplazamientos

En Héliida se revela la opacidad del yo poético en la reconstrucción de su historia familiar. Es sobre todo un libro de opacidades, de partes sueltas. El mar es una metáfora visual que acompaña poéticamente todo el libro, no un mar turístico, sino del agua oscura como presencia. La serie de fotografías del mar nocturno representan el pasado, el silencio y los secretos. Aparecen para señalar pérdidas o vacíos, son poemas visuales que permiten al lector entrar en un espacio opaco y establecer en su interior sus propias relaciones. De otro lado, ciertas metáforas se construyen con elementos del paisaje que siguieren figuras intrincadas o tejidos que emplea el yo poético para referirse a la abuela y a su propia escritura. El entramado de su pensamiento circula entre la vida familiar, el paisaje y los viajes. Se ramifica, se dispersa y retorna al nervio principal que es la abuela, un nervio que a su vez está en movimiento. La abuela es llevada por las circunstancias de un mar a otro mar, pero también la abuela es un enclave del que brotan ramas temáticas. El yo poético menciona la diferencia de edad entre sus abuelos, la diferencia racial y las transacciones en la relación. El hombre maduro se lleva a vivir a una jovencita y ella acepta en correspondencia a la raza. La joven se hace madre, se adapta a su condición de esposa y al enviudar asume todas las cargas de la crianza de ocho hijos. La idea del mestizaje cruza de manera transversal el texto. La abuela y el yo poético son producto de la mezcla racial y el texto que se lee es el resultado de una trama mixta. Un libro híbrido o *librido*, que permanece abierto al pensamiento.

Hélida

(líbrido)

Bajo el jardín de mi abuela encontré
un tallo prieto y alargado
cuyas ramas se multiplicaron
en el aire húmedo del trópico
a una velocidad pasmosa
y sus brazos subterráneos
de voraces bocas
delectaron en el suelo
las sustancias más amargas.

Ella tenía la herencia
de aquellas plantas perennes
que al ser llevadas lejos de su origen
logran germinar en ambientes hostiles
saben volverse acuáticas o aéreas
y ser errantes

ella podría
subsistir
incluso
si fuese talada
su tallo hecho de nódulos
haría crecer nuevas raíces y ramas.

Reproduzco los trazos de una ruta inversa
un mapa extraño
semejante a una estrella quebrada

Tuve que perderme
por senderos sin certezas
hacia atrás

Avanzar entre puntos ciegos
seguir señales invisibles

Buscar en el paisaje
vestigios de otro tiempo

Escuchar
la voz de mi abuela

la cadencia de su habla
en el sonido de todos los mares

Desandar
seguir a tientas.

Hay un muelle escondido en la bahía. el viejo bote golpea la madera. superficie verde sobre un lecho de algas. en mis manos un libro. el sol se ha ocultado detrás de las nubes. la opacidad del agua no me deja ver el fondo. 1938. una niña contempla la playa. el oleaje ha traído algas pardas. piensa en otra tierra. la suya. apenas ayer se alejaba en un velero. hoy el velero es memoria. travesía es una congoja.

La resistencia es el nombre del libro. mi mirada puesta en el océano se desvía hacia el recuerdo. mi abuela nació en el mar. en un mar que no conozco. que quizá no llegaré a conocer. su silueta emerge nítida cruzando la geografía y el tiempo. dibuja entre las dos una trenza de algas rojas. ¡trush! un pájaro se detiene sobre el muelle. el calor gotea. el libro suspendido entre las manos. la distancia oprime el corazón.

Me he cortado el cabello
para romper una promesa
que hice a mis trece años

dejarlo crecer y no cortarlo jamás
¿qué pasará ahora?

romper una promesa tonta
que me hice a mí misma
y esperar

Camino por la calle
de la ciudad fría
con una identidad nueva

mi amigo tarda en reconocirme
se detiene
me escudriña

revolotea a mi alrededor
y dice que el pelo corto
revela mi herencia negra

Dos meses después
el pelo ha empezado a crecer redondo
voy rumbo a la tierra donde nació mi abuela.

Atrás, un mapa de mujeres y de hombres constituyen su simiente. Pero el dibujo solo deja ver a una partera curandera, mi bisabuela Juana Paula y a un sastre, mi bisabuelo Wenceslao, ambos agricultores y fabricantes de licor. Atrás de ellos en tonos borrosos Ana Joaquina Ruíz y Pedro Antonio Marmolejo, Manuel Antonio Díaz y Helena Casas y políticos, bandidos, colonos, negros cimarrones y en algún punto impreciso de la ruta, esclavos y tratantes portugueses.



Nunca vi tanto verde. Una extensión de árboles apretados como brócolis, serpenteando ríos de formas caprichosas. Mis ojos se deslizan en ángulo picado por la selva chocoana. Barren con avidez en busca del pueblo llamado Mecana. Desde la avioneta no se divisan casas, solamente un tapiz, una textura rizada de naturaleza impenetrable bajo un cielo encapotado. Un universo prieto. Verde de todos los verdes hasta el fin del fin.

Del aeropuerto voy directo a la bajamar. Contemplo por primera vez las arenas de Bahía Solano. Grises. Un perro bebe agua. Su sombra se proyecta como en un espejo. Atrás de él las montañas. Pienso en mi padre. Su tierra se abre por primera vez para mí. Pero el pueblo de mi abuela queda más lejos. Dos hombres se aproximan. Me hablan. Piden que me retire que guarde la cámara. Llevan armas. Visten de civil.

Soy la nieta de Héliida
vine a conocer la tierra de mi abuela

¿cuáles son sus verdaderos motivos?
¿por qué viaja sola?

¿Y por qué no habría de hacerlo?

¿No tiene miedo?

Tengo un ángel que me cuida.

Mi padre dice que mi abuela nació en Mecana. Lo dice al teléfono. Yo pretendía llegar sin aviso a encontrarme con ese ese mar y buscar la casa donde vivió. Pero mi padre sabe que sería caer en una trampa porque ahora es zona paramilitar. Sin embargo, no desgasta mi sueño. Al contrario, me refiere el nombre de una vieja amiga suya. Marisol, profesora de la escuela. La llama. Me llama de vuelta. Ella me estará esperando.

Los hombres me escoltan a la casa de Marisol. Ella abre la puerta dice que soy de la familia, que bajaré en su casa. Los hombres se van. Marisol me trata con dulzura, me ofrece una cama con mosquitero. En la noche cocina y me invita a comer con sus hijos. Al día siguiente me presta su bicicleta. Yo soy la nieta de Héliida. Marisol es amiga de la familia de mi abuela. Me presenta a mis parientes lejanos. Todos me tratan como si me conocieran.

El día amanece más temprano que en el resto del mundo. Macú, un sobrino de mi abuela se ofrece a acompañarme. El mar ha bajado, dejando kilómetros de playa, tanta que los ojos no alcanzan. La atravesamos en bicicleta. Dos horas de Bahía Solano hasta Mecana. El sol castiga nuestras cabezas, la humedad sofoca. Un estuario, una desembocadura, los huesos de algún animal. *Sólo*. Antes hubo un caserío, pero la gente tuvo que irse. Ahora debemos irnos nosotros. El mar empieza a crecer.

*Sólo es eso
la tierra de su abuela.*

El Chocó asaltado por bandidos
desde el principio de la conquista
españoles detrás del oro
esclavizando mujeres y hombres
traídos desde África
acinados en barcos
forzándolos a extraer oro
de las tierras pacíficas
de la Nueva Granada

Mi amigo Francisco
perdió aquí a su amiga Saja
asesinada por paramilitares
cerca del Cabito
en Nuquí
ella y su novio fueron desaparecidos
y después masacrados
eran artistas
llevaban dos meses conviviendo
con indígenas emberá catío
intentando
aprender de ellos

En estas tierras bellas mi abuela
abrió los ojos a la vida.

Esperaba encontrar un pueblo, quizá la casa donde vivió, pero *más allá del estero no hay nada. Es peligroso meterse por ese monte ahora. Antaño se podía, ya no.* Regresamos por la playa, debemos hacerlo antes de que el mar comience a crecer e inunde el paso de arena por donde montamos. En el camino hay una choza cuya mascota es un marrano enorme de cincuenta años, dice su dueño, un anciano. El animal se aproxima, su mirada es tierna. De pronto dobla las patas cae y se da la vuelta. El hombre explica, lo ha hecho para que sobemos su barriga. Acercó mi mano a su cuerpo. Su piel. Una textura rugosa. Sus pelos. Delgados alambres. El marrano parece sonreír.

Pero Hélida no nació en Mecana. Eso lo sabré después. Aunque sí vivió allí y en Bahía Solano, en Tumaco, en Palmira y finalmente en Cali. Me llevan a la casa que fue de su hermano Cruz. Algunos de sus nietos viven al lado. Una máquina de coser ha envejecido en una habitación llena de muebles abandonados. Reposó en el centro cubierta por una tela. Nadie la usa. Mi abuela cosía. ¿Habrá sido esta alguna de sus máquinas?

Ellos no lo saben.

Esta es la historia de una niña que flotaba libre como un lirio acuático
sostenido por rizomas esponjosos en las aguas dulces del Chocó
una ninfa que fue conducida hacia costas de aguas inciertas.

Es la historia de la hija de Wenceslao y Juana Paula
la Penche, Chococito, Costa, Chocó, la Doña Héliida
la muchachita que prendía tabaco en los chigualos
la más alta a la que le decían: ¡parece una espada!
la niña rebelde la estudiante de impecable letra
la que recitaba versos y coplas de memoria
la jovencita que pasaba por el comisariato
a la que no le gusta que la compadezcan
la primera que usó bluyines en Bahía
la de la casa con dos almendros
la mujer del hombre blanco
la aprendiz de sastre
la mulata bonita
la talentosa costurera
la que un día dejó de bailar
la señora del que llevaron preso
la mamá de siete varones y una hembra
la que los reprendía con un látigo de tres cabezas
la joven tachada de concubina de un anciano blanco en Tumaco
la mujer del viajero político comerciante desafortunado amable ausente
la viuda antes de tiempo que sobrevivió cosiendo jornadas de quince horas
la que con su trabajo sostuvo ocho hijos y un marido enfermo en un barrio mezquino
la doña que caminó junto a su prole llevando el féretro por la calle de un pueblo fantasma.

Un jacinto que empezaba a secarse alimentado por el rencor
pero tuvo la visión de sus brotes sobreviviendo al lodo y se sobrepuso a la desgracia
como los lirios acuáticos considerados plaga que al florecer limpian las aguas contaminadas.



Mi abuela camina por el comisariato
se desliza entre pasillos donde ofrecen
telas y perfumes importados
leche en polvo enlatados gringos
traídos de Buenaventura
libros y variedades

se dirige a la botica
el farmaceuta le pide un frasco vacío
e introduce en él extracto de paico

El director de la colonia ha posado sus ojos sobre ella
averiguará donde vive en menos de una semana
le pedirá su mano al papá

girará el destino en la siguiente esquina.

Voy camino a El Valle del Chocó en un Willys que lleva plátanos, gallinas y gente con azadones y palas. Los niños recién bañados abrazan su cuaderno y su lápiz. Nos miramos unos a otros sin discreción. El jeep zigzaguea por carreteras destapadas, algunos tramos entre el monte espeso, otros por suaves laderas. Mi abuela vivió en Bahía y en Mecana, pero no vivió en este Valle, sí en el del Cauca. Mi padre ha venido dos veces, me dijo al teléfono: es el paraíso, verás cómo se juntan el mar y la selva. No lo vas a creer.

Ella no piensa casarse con un hombre negro
el color de la piel es un castigo

la jovencita espera
en Mecana
de pie sobre la playa
con su maletín de cuero
a que venga el hombre maduro
director de la colonia de Bahía Solano
montan sobre una lancha hasta la casa más grande
ha contratado dos muchachas morenas para atenderla

cuando
caiga la noche
la deshojará despacio

Ella piensa que ha vencido.

Aquí los aguaceros son apasionados como si al mar le doliera algo, se eleva y no para de gemir. Los grillos cantan toda la noche. Los relámpagos sin luz eléctrica brillan completos sobre el viento de una atmósfera gris. Me han dejado colgar mi hamaca arriba del hotel del Morro, cerca del cuarto de ropas por un precio mínimo. El viento parece tumbarme, pero me emociona el golpe de las olas, su furia contra las piedras grandes. Su sonido elíptico. ¿Qué hará esta noche mi padre? Me acompaña una vela blanca y otra naranja que encendida brilla roja. Estoy matando chitras. Mosquitos que aparecen las noches de luna llena y lluvia torrencial como esta. Hay cientos. Se aglutinan como nubes alrededor de las velas.

Los relámpagos encienden el territorio
vemos casas rostros
detalles del paisaje
y después desaparecen

La memoria familiar es una tormenta eléctrica
cayendo sobre ciudades inexistentes.

Cuando el sol sale en medio de la lluvia, dicen: *¡Está pariendo la diabla!* Las calles son senderos de arroz dispuesto sobre la tierra. Por la ventana de una casa, una señora vende hojaldres y café. Rogelio, vecino del Morro, nos invitó a mí y a los huéspedes del Almejal a pasear hasta unas rocas volcánicas donde el mar se estanca formando pozos como en el centro de la tierra.

Hace tres días no para de llover. Me refugio en el cuarto donde lavan ropas. Me acuesto en un catre entre trapos viejos vencida por el sueño. Me despierta un líquido tibio en mi cadera izquierda, me pregunto si me he orinado y por qué razón. Toco algo viscoso. Enciendo mi linterna. Es sangre. Una gata está pariendo sus gatitos en mi regazo. Ha venido a refugiarse junto a mí. Observo cómo salen y cómo ella los limpia.

Le llevo a mi abuela las fotos de mi viaje. Las observa. Ella no nació en Mecana, me lo dice riendo.



Mi papá me contaba que a la vereda le dieron el nombre de Palosecal porque después de un terremoto se secaron todos los palos del manglar y duraron así por mucho tiempo.

Él era un mulato de cabello castaño.

Delgado, fuerte, de buena presencia.

Se parecía mucho a los hijos míos.

Teníamos una casa grande de madera sobre el mar.

A los lados había esteros que entraban bien profundo en el mangle.

Teníamos una finca donde mi papá sembraba caña, harta caña.

Y atrás de la casa mi mamá producía el guarapo, la panela y el viche.

Abajo escondían el alambique, porque estaba prohibido vender licor artesanal.

Un día llegó la policía y agarraron al vecino a golpes cuando le encontraron viche.

Se lo levaron en una lancha y lo metieron preso.

Mi papá había salido a pescar. Los vio venir de lejos y se escondió en su canoa.

Así fue como se salvó. Requisaron la casa y no encontraron nada.

Hay caimanes en las orillas del estuario
emergen del vientre más verde que prospera en el calor
llegan a las costas de Palosecal para asolearse

duermen de bruces bajo un Dios de fuego
les cuesta levantarse y darse la vuelta
los cazadores asechan armados
con escopeta y arpón

más de veinte caimanes
son sacrificados en la playa
su piel es apetecida en Medellín
su carne blanca se vende en la zona

mi bisabuelo cazaba caimanes
mi bisabuela aprendió a cocinarlos
mi abuela dice que ella es fuerte
porque fue alimentada con carne de caimán.

*Escalar la carne ponerla a secar
ahumarla desmecharla
poner aceite a calentar
cortar cebolla larga
lavarla bien*

*Carne y cebolla picada
van juntas a la olla*

*Hacer un guiso a parte
poner a freír con pura leche de coco*

la arena es color pardo sangre
la carne de caimán es blanca
mi bisabuelo es mulato
mi bisabuela
es negra

Mezclarlo todo.



Nombre
gentilicio de Helios
Península del Peloponeso
Hélida
Helio
gas noble ligero
elemento químico número 2
se ha vuelto escaso en el universo
de la raíz griega ἥλιος: sol
Hélida
hija del sol

Luciérnagas
blancas verdes azules
los niños salen a perseguirlas por las noches

no les hacen daño
las meten en un totumo
con un trapo por encima
construyen con ellas
una lámpara

caminan
a oscuras
haciendo equilibrio
entre las raíces
del mangle

a veces
dejan de brillar.

Respiran
agua que la tierra exhala
transpiran gotas de diamante
sobre sus tersas pieles marrón
que caen y se confunden
con el rocío perenne
de las hojas

los niños
en las noches
escuchan el canto del plancton
cierran los ojos bajo el agua y se quedan quietos
shhhhhhh shhhhhhh shhhhhhhh

Ciertos organismos vivos producen luz
el plancton marino es uno de ellos

en su interior una enzima
se activa con el oxígeno
haciéndolo bioluminiscente

su delicado destello se puede ver en las noches

mientras es arrastrado

indefinidamente

miles

de kilómetros

por el agua

de un mar

a otro mar

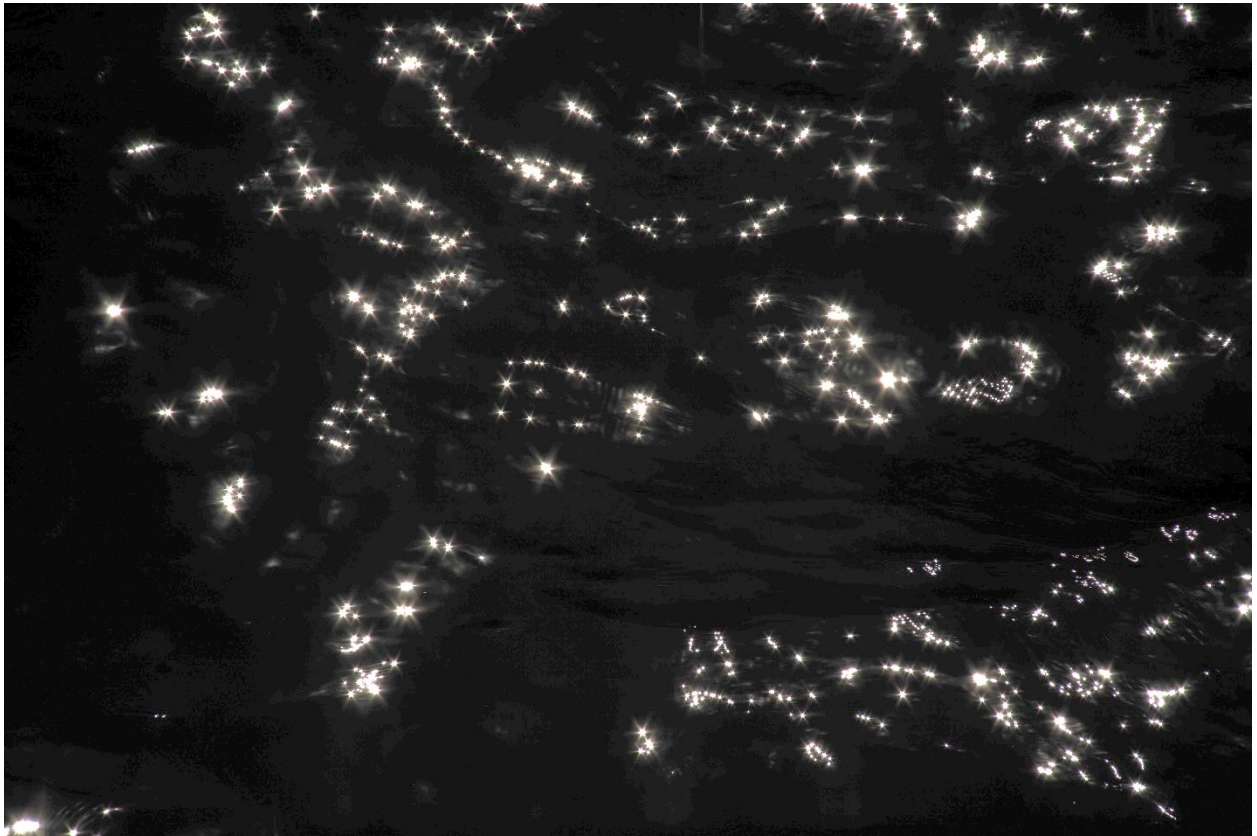
Mi abuela de diez años y sus tres hermanos están parados en la playa. La noche con su manto brumoso cubre el cielo de Palosecal. Entre las distantes nubes algunas estrellas palidecen. Su papá y dos tíos suben los enormes baúles al bote que los llevará hasta Mecana. Ella los observa con resistencia. No quiere dejar su playa, ni su casa, ni los cañaduzales.

La brisa fría y salitrada sopla fuerte. Su mamá les ofrece una manta a cada uno para abrigarse. Hélida se envuelve en ella, pero no se calma su traqueteo de huesos. Con los pies en la arena mira hacia su hogar sintiendo un nudo en el corazón. El palafito está vacío. Afuera, dos canaletes amarrados a las estacas. Sus puños cerrados agarran la manta contra su delgadísimo cuerpo y aprieta los dientes conteniendo el llanto. No se llevan el trapiche, ni los moldes para hacer panela, ni las ollas de su mamá. Todo se está quedando.

Wenceslao, da la orden de subir. Los niños meten los pies en el agua y caminan hasta que les da por las rodillas. Sus tíos los cargan uno por uno y los llevan al bote de velas. Antes de regresar a la playa abrazan a su papá. La familia desde la arena y ellos en la barca levantan las manos para decir adiós. El capitán leva anclas. Juana Paula, mi bisabuela, larga como una espiga, se gira dando la espalda a la vereda y clava los ojos en la negrura del mar.

El ondulante oleaje sube y baja el bote de madera. El viento extiende las velas. La vela mayor, el trinquete y la trinetilla resuenan como en un silbido contra el cielo. Lentamente se alejan de la orilla. Mi abuela niña, mira el triángulo de tierra rodeado de agua, el manglar pegado al monte con sus dos esteros, la hilera de palafitos bordeando la costa. Su vereda cada vez más pequeña, diminuta en la distancia, hasta perderse completamente.

Sólo serán tres meses en Mecana... dicen sus papás; pero a ella un frío le cruza el estómago como si supiera que no van a volver.



I

Adentro

en la espiral de mi sangre
late una privación antigua

soportada en silencio
pausada

II

En el techo
una gotera

cae

cae

golpea

en la madrugada

III

Cada miembro remoto
de mi familia

habita la memoria
de mi cuerpo

¿Qué maldición
reposa
agazapada

lazo
de vergüenza
que debo cortar?



Se cierne una pandemia

escribo en aislamiento

el exterior se ha vuelto extraño

a lo lejos

escucho el rugido del tren

que es una bestia

al otro lado del tiempo el oleaje

la respiración del agua

el ritmo húmedo

frente a la casa de mi abuela

hay recuerdos

que salen a la superficie

mientras otros

naufrogan.

Tomar distancia
mirar de lejos

un sendero de selvas
dos océanos
entre países
un desierto

lumbre
saber
ver

Voy a hablar de las casas
la primera y la última son barcos anclados
sobre estacas que resisten las tempestades más fieras

abajo una multitud de peces silba lo venidero
y objetos flotantes se entierran en el lodo
son dos caras de una misma moneda

la segunda es un triángulo de luz
afuera una muchacha cabalga dos potras
una de ellas se ha perdido en el monte

la yegua se está metiendo al guayabal
¿qué es el freno?
es la sogá que abraza el cuello

parirá un niño tres días antes de la violencia
vendrán a su casa
tocarán a su puerta

la tercera casa
es un vacío en la memoria
corroída por el óxido y el gris

la cuarta es un mercado de abastos
donde los jabones se pudren
es la casa de los vaticinios

se posará
una sombra
sobre el hombre blanco

la quinta es la última casa
 el viento cruza sus ventanas
 mil espadas microscópicas
 pequeños agujones
se clavan en el pecho

nadie vuelve a construir sobre su lote
la ciudad entera crecerá rodeando su ruina

pasará medio siglo de polvo
 una mujer plantará en ella
 palabras como semillas
 renacerá
y será la casa de las transformaciones.

Yo di a luz a tu tío Homero el seis de abril de mil novecientos cuarenta y ocho.

Mi mamá vino desde Mecana a ayudarme con el parto.

Tres días después, el nueve de abril, mataron a Jorge Eliécer Gaitán, el candidato presidencial.

En Colombia la gente se volvió loca. Oíamos por la radio: ¡Abajo los conservadores!, ¡Abajo los conservadores!

Se sentía movimiento en la calle.

Tu abuelo Julio era el director de la colonia de Bahía Solano. Conservador.

Llegaron a la casa, don Cesar Ferrer, un señor de Nuquí, director político allá, que vivía en Bahía desde la época de la colonización, y otro señor, Roberto Ruedas Silva. Ambos liberales.

Entraron hasta la habitación principal, donde estábamos nosotros.

Allá en la costa no trancábamos las puertas.

Don Cesar Ferrer tocó. ¡Venimos por usted don Julio, tenemos orden de matar a todos los conservadores y a los hijos de los conservadores!

Así decían. ¡Así decían! Lo recuerdo como si fuera ayer.

Tu abuelo se paró: ¡Un momentico don Cesar, déjeme vestir!

Pero el hombre entró.

Yo tenía a mi niño de tres días de nacido sobre la cama. Lo agarré en mis brazos y empecé a suplicarle: ¡don Cesar, no me maten al niño, por favor, no me lo maten!

El otro señor, don Roberto, se había quedado en la entrada.

*Hablaron algo y se llevaron a tu abuelo,
pero me dejaron el niño.*

A Julio lo encerraron en lo alto del comisariato donde estaba la estación de policía.

Reclutaron trece conservadores, los otros doce eran de los alrededores, no de Bahía.

Los dejaron presos diez días. Fue una gran zozobra para mí. Los iban a matar.

Afortunadamente llegó un barco con una contraorden desde Bogotá y los soltaron a todos.



El triángulo de luz
comienza en los almendros
la casa se adorna con las visitas
mi abuela cocina manjares afrodisiacos
mientras los niños persiguen cangrejos
mi abuelo prepara el café
todas las mañanas

Hélida le provoca
arrobamientos
si pudiera le rezaría
oraciones voluptuosas
y construiría un nuevo rosario
con cuentas de quitar por las noches

La agasaja con perfumes y zapatos
le trae de Panamá un bluyín importado
mi abuela quiere aprender sastrería
Julio le contrata un profesor
sin saber que
esa
será
su única
inversión sólida.

La bahía es la pantalla azul de los secretos
una estampida de delfines
hasta donde la vista alcanza
deslumbra las olas anfibias
y canta una alegre alucinación

nace el sexto niño y fallece
del mal de los siete días
almejas para hacer collares
collarcita
collareja

la niña
contempla
las inmensas yubartas
lanzando agua por el lomo

tres niños flotan
mirando hacia el cielo
la madre divisa cuatro aletas de tiburón

el agua de los recuerdos
todavía eriza la piel
La pantalla es el triángulo azul.

Una tierra dúctil
de tibios minerales
toca tus pies moros
tus pies de niña señora

largos empeines finos dedos
reconocen el golpe del tambor
culebreando por la tierra
desde las remotas noches cimarronas
hasta las playas del siglo veinte
donde todo es fulgor

tus pies saben levantar el vuelo
el hombre mayor que es tu esposo
venido al mar desde tierras pálidas
no mereció tal virtud

toda la velada te observa
arder con tus pies alados
iluminando la fiesta
y en el puente hacia la casa
sintiendo tu pecho latir
bajo un brillo
todavía entero
con voz pausada
te pide
hacerle una promesa:
que mientras él viva no vuelvas a bailar.



Du/dulé/dudú/ la mano tendida hacia lo alto se asoma a través del círculo de madera/*dulé/dú/* sólo la mano recibe la lluvia/ roza el aire/ adivina el rayo de luz/*Du/é/* desea traerlos a su piel/ abre los dedos clamando al cielo/*du/lelé/* el círculo se ciñe en su muñeca/ adentro el cuerpo expele flujos y reflujos/ sus desechos/ acurrucado/*du dú/é/* intenta ignorar su condición de cosa/ el pudor de la desnudez impuesta /*du/du/lá/* pero la mano afuera trae el aliento de la tierra.

Du/dú

Du/dué

Du/du/é/lá

Duduela, ¡duduela!

el sonido se define en mi sueño

la mano recoge la memoria

y el cuerpo la guarda con todas sus fuerzas.

Buscaba un vínculo
entre mi abuela
y culturas africanas
una ruta
desde la trata de esclavos en Colombia
hasta mi linaje paterno
pero esos hilos estaban rotos

Fui una mulata crecida en tierra de negros.

Mis abuelos tenían sus tierras.

Hasta donde yo supe, siempre fuimos independientes, vivimos en lo propio.

Si vengo de negro no sé por qué repudié tanto al negro.

Ay, Dios mío, no, no, pensaba, para casarme, no.

Ya ni digo que Dios me perdone porque fue así, y ya estoy vieja, pero, no, no.

raíces
que nadie quería
reconocer
en mi familia había ocurrido
un lento blanqueamiento
tanto mi bisabuela
como mi abuela
eligieron
hombres de piel más clara
para formar sus hogares
a lo que llamaron
mejorar la raza.

En libros recientes encontré
rutas que nadie me contó
borradas
de la historia oficial
en mi país
el color de la piel
sigue siendo un estigma

en las escuelas colombianas enseñan que nuestro pueblo es criollo y mestizo, hijos de españoles y nativos, no se les cuenta a los niños que también son herederos de africanos esclavizados ~~que fueron ellos quienes sostuvieron las plantaciones y alimentaron el país por más de dos siglos, que trajeron de África sus saberes sobre la siembra de caña, el movimiento de los vientos, la navegación y el manejo del agua, el sistema de cultivo de los bosques húmedos, sus técnicas ancestrales para obtener oro, sus tradiciones musicales y religiosas, que establecieron comadrazgos con los indígenas nativos y compartieron conocimientos para su mutua sobrevivencia, no se les cuenta que hubo poderosos ejércitos negros temidos por el blanco español y cientos de libertos mucho antes de la independencia, ni que como país somos también sus hijos.~~ Esa historia ha sido ocultada.



Desde las costas de Malí, Guinea, Kongo y Benín, los hombres y mujeres esclavizados fueron transportados al Chocó colombiano desde el puerto de Cartagena por rutas fluviales hacia los ríos Atrato y San Juan, y obligados a trabajar en las miras de oro en condiciones agrestes, donde el paisaje de la selva más espesa parecía impenetrable. Los ríos eran ricos en oro y platino y la ambición del hombre blanco inmensa. ~~Dispusieron que toda la población negra incluidos los niños, concentraran su trabajo en las minas y obligaron a los nativos indígenas a sembrar, recolectar y cazar para alimentar las cuadrillas. Hubo grandes hambrunas, muchos nativos huyeron hacia el monte, lejos del alcance de los españoles, pronto se unieron los africanos con quienes establecieron comadrazgos y tratos colaborativos. Los españoles perdían cientos de hombres, que se hacían inalcanzables cobijados por un territorio cuyas erriaturas y plantas les eran letales. La explotación en las minas continuó, pero hubo africanos que se libertaron a sí mismos desde el comienzo de la esclavitud en Colombia, formando ciudades secretas cercadas con trampas mortales. Les llamaban negros cimarrones. En la costa norte del país estaban comandados por el líder Benkos Biohó, de Guinea Bissou, que puso en jaque a la corona española. Los rumores de su poderío bélico se extendían por todo el territorio del Nuevo Reino de Granada. Su ejército liberaba minas y plantaciones y su fuerza era incalculable. En el pacífico, los guerreros Balure y Mateo Mina, libertaron a los esclavizados de Tadó refugiándose en las tierras altas e inaccesibles del río Yurumanguí, donde permanecieron fuera del alcance del hombre blanco. Ellos y los aún cautivos, preservaron sus tradiciones africanas, sus cantos y sus rituales. En el pacífico cerca de Esmeraldas, hoy tierra ecuatoriana, se instaló la nación negra libre conocida como República de los Zambos, fundada por los hermanos cimarrones Aton y Alonso Heseas en el siglo XVI. Pero, de esas grandes hazañas la mayoría de colombianos no escuchamos ni los rumores, porque esa historia se excluyó de las leyendas oficiales, y de las cartillas escolares. A los niños y niñas afrodescendientes no se les permitió enorgullecerse de sus héroes. La razón por la que los abuelos de Hérida crecieron como personas libres viene de esa herencia. En 1851, se otorgó la liberación definitiva de los esclavos en Colombia. Los libres ocuparon tierras baldías en las riberas de los ríos, en las colinas y en las costas del océano pacífico. Mis antepasados fueron afortunados, pero no todos los afrodescendientes contaron con suerte. Con la llegada de las multinacionales se les prohibió extraer productos para su propio beneficio y se les empleó a precios de mendicidad. Desde entonces el pacífico colombiano ha padecido una larga explotación de sus recursos naturales, brutal violencia por parte de fuerzas de todos los bandos y sus gentes han sido desplazadas incontables veces.~~

Este libro es
un viejo proyector averiado
que suelta imágenes azarasas

y es también un ejercicio de costura
el intento de unir retales de un pasado
que ya nadie quería recordar

un esfuerzo de paciencia
búsqueda de puntas y colores
que puedan relacionarse
en un mismo tejido.

De mi lado paterno mi abuela es afrodescendiente
y mi abuelo fue un antioqueño blanco
De mi lado materno mi abuela era nieta de españoles andaluces
y mi abuelo un criollo descendiente de cabildos indígenas de Boyacá
Mi madre es blanca de ojos rasgados mi papá es mulato
Unos días he sido como el trigo y otros prieta
mis gestos cambian a diario
algunas personas me han dicho que a veces
parezco una mujer distinta y no me reconocen
Mi piel no es blanca no es negra no es parda ni amarilla
soy el mestizaje.



El territorio fue descubierto
por el navegante portugués Jorge Menezes
pero fue el colonizador español Íñigo Ortíz de Retes
quien la nombró así porque sus gentes se le parecieron
a las de Guinea Bissou en África Occidental

Miro los rostros
las mujeres y los hombres
de Papúa Nueva Guinea
y los niños sonrientes en la pantalla

¡Se parecen a mi familia paterna!

negros blancos dorados
negros rubios de pelo prieto
como mi papá y mis tíos de niños
en aquella foto.

Me parece que...

La mujer de la televisión y yo pertenecemos a un prototipo genético de mezcla racial entre blanco y mulato. Me parece que en su familia también hay orígenes negros. Es probable que ella lo sepa. ¿O quizá no? Ella y yo usamos el pelo crespo en culturas donde muchas personas se alisan a diario para borrar sus rasgos mestizos o mulatos y blanquearse a fuerza de crema y secador.

La mujer del programa y yo nos parecemos a los afrodescendientes de Papúa Nueva Guinea.

¿En qué nos parecemos mi abuela y yo?

¿Quizá en lo duras que ambas podemos llegar ser con nosotras mismas?

¿En la oscuridad del corazón? En nuestra rebeldía, el mismo orgullo, la resistencia ¿La alegría?

Nos parecemos cuando levantamos las cejas y miramos con ojo inquisitivo. También en la sonrisa.

¿De dónde le vendrá la raza negra a la mujer de la televisión?

No podría afirmar que mi abuela y la mujer de la televisión se parecen, pero ambas se parecen a las gentes de Papúa Nueva Guinea.



El tren cruza la álgida frontera
retumbando entre piedras
desérticas en mi página

sobre el mar pacífico
del Pindo a la isla La viciosa
un ferrocarril que ya no existe
atraviesa medio siglo

este libro es un aguacero
en una costa olvidada
apagando las casas que se queman.

Llegué ayer a Tumaco. La ciudad está repleta de motos. Hileras que transitan y se cruzan caóticamente por las calles haciendo un zumbido penetrante. Las casas son humildes y mal construidas, muchas de ellas en obra sin terminar. Hay cables de luz eléctrica pegados a los postes que forman complicadas telarañas junto a los edificios. El mar está en algún lugar, pero no se ve.

San Andrés de Tumaco es asaltada por incendios
la codicia arde sobre la bondad ajena
y poco a poco alcanza voracidad

caminamos entre hogueras
en el sueño de nuestro reencuentro

las llamas bloquean tu calle
pero se desvían frente a tu casa
y el fuego no cruza el umbral

no aquel fuego
la destrucción
se introducirá de incógnita.

Hay una casa de espaldas al mar
con su frente hacia la calle del comercio

un granero en la primera planta
quesos y carnes que se pudren
exquisitos jabones importados
que nadie compra
y se secan
como los dulces de coco
atados en forma de triángulo
con hojas traídas del platanal

La gente de Tumaco sospecha
de envolturas foráneas
que no se parecen
a cómo ellos
atan sus dulces

No se fían del anciano paisa
ni de su joven concubina
y rehúyen
de olores extraños.

*Esa casa no sirve para negocio
está salada*

el abuelo no cree en supersticiones
queda en la calle principal
y es una ganga.

*¿Quiénes son los del nuevo mercado?
parece un viejo viudo con sus hijos*

*A mí me han dicho
que la muchacha alta
la mulata bonita es su mujer.*

Llovió toda la noche y el agua refrescó la ciudad. Sobre la mañana despejada corre una brisa suave. El piso de la carretera aún está húmedo. Mi ventana da sobre la calle Sucre que cruza con la del Comercio. Cerca de aquí vivieron mis abuelos y mis tíos, entre los años sesenta y sesenta y ocho. Busco rastros de aquel tiempo. Pregunto por ellos, a la administradora del hotel y al papá de un viejo amigo. Al parecer nadie los conoció. Les doy nombres de personas que me han referido mis tíos, personas que los conocieron, pero me dicen que ya están muertos y no consigo dar con los amigos de infancia de mi papá ni de mis tíos.

El mercado de abastos
se echó a perder
hay que desocupar el local

toneladas de latas de albaricoque
se transportan en carretas a la nueva casa

En el barrio Olímpico
las viviendas son de madera

nadie sabe que desaparecerá
y no será reconstruido

Un padre se ausenta varios meses
el dinero se agota

la madre joven
no para de coser

Son días y días de comer albaricoque.



Hace años construyeron sobre la playa. Rellenaron el suelo para que el mar no se llevara las casas. Al caminar encontré un callejón que conduce a un embarcadero. Luego otro. Parecen escondidos cerca del mercado donde venden pescado. Por detrás de éste se abre la bahía. Entre las seis y las siete de la mañana desembarcan lanchas cargadas de congrio, aguja, lisa, pargo... Antes, por la zona del puente que conduce al morro existió un terminal marítimo, al que arribaban barcos de China, Medio Oriente, África. Ahora sólo llegan lanchas en el día o embarcaciones clandestinas en las noches que son interceptadas por lanchas más pequeñas en mar abierto.

Mi abuelo escupe una mancha
con desechos de tabaco
y se lleva los dedos
a sus labios

el color
de la pasión
es el rojo escarlata

busca en el hueco
de su pecho su reloj de pulso
para tantear su trato con el tiempo

en su bolsillo
encuentra una caja mágica
que exhala una nube de humo
y jala las agujas hacia atrás.

El que fuera director de la colonia
aquel hombre refinado
y sibarita
es ahora un anciano
cuya pierna derecha sangra
cada mañana se desinfecta una herida
que no sanará
el mal que le ahoga
le llevará a escupir el mundo.

Alas de mariposa negra
se ocultan detrás de las ventanas
el viento las sacude estruendosamente
y en la pared queda una marca color carbón

No está registrado
cuantos segundos de dolor
puede contener la última ráfaga de aliento.

Conocer el significado de una palabra en el cuerpo

Hélida. Treinta y siete años. Ocho hijos.

Julio caído en el pasillo, inmóvil como un tronco seco.

En la madrugada la penumbra. El viento silba, azotando las ventanas. Afuera una tempestad. Sobre el piso de madera su marido muerto. No es exactamente tristeza lo que siente, sino una mezcla entre rabia y desamparo. ¡Les han pedido la casa y ahora él los deja solos!

Viuda. Dijeron. Una palabra como una llaga, como quedarse sin piel. ¿Dónde la escuchó antes? No lo recuerda porque las palabras no existen de verdad hasta que no se experimentan. Viuda. Cinco letras clavadas en los huesos, cinco letras con espinas que no pueden verse. Metiéndose en la sangre, soltando un jugo negro. Manchándola toda con una marca invisible. Cinco letras minándola por dentro.

Nadie presenció lo que ocurrió mientras contemplaba a su marido muerto. Afuera parecía endurecida con la mirada perdida. Adentro sintió que se incendiaba hasta hacerse ceniza. Como en un trance, un delirio. Un lapso corto, que fue una eternidad por dentro. Vinieron a socorrerla las mujeres de agua, las que le enseñaron a llamar los insectos con la mente cuando era una niña. Las mujeres de las algas que nadie más veía. Esa noche llegaron en medio del incendio, le cantaron a su cuerpo hasta hacer surgir de él agua subterránea, para salvarla. Hélida vio cómo le crecía una raíz líquida invertida y quebró en llanto. Esa noche murió la que antes era y volvió a nacer.

Ella. Su gesto de labios apretados. Su postura recta. Sentada en medio de los niños como en un trono. Su mirada no es ingenua. Ya no. La dirección de sus ojos traza una línea que sale del encuadre, atraviesa la foto y marca el eje vital del tiempo en el que fue tomada. Afuera es adentro. El dolor. Esos ojos conectan con su cuerpo, anclado al presente.

en lo visible un signo invisible
el brote de una raíz
enlazada al corazón de la tierra
a sus zonas penumbrosas
donde la luz
no alcanza los minerales
y los fluidos se desplazan lentamente
dentro del cuerpo dúctil de la greda

Desde allí emerge la mirada de mi abuela, y del agua, del agua subterránea que corre atravesando rocas y túneles, cuya fuerza empuja sin tregua hasta llegar al mar.



Parece que este pueblo se traga a la gente. Una semana y no encuentro a nadie que recuerde a mi familia. Me llegan las palabras de mi padre, *para muchos nosotros éramos invisibles*. Me alojo en el centro, en el Hotel Don Luis. Mi habitación es mínima y alargada, le cabe una cama sencilla. Atrás del baño me han instalado una mesa estrecha para poner mi computador portátil, junto a ella una silla rimax, donde me siento a escribir. En las noches las motos dejan de pasar. Las calles se van quedando solas y el ruido se desvanece. A las nueve comienza el silencio.

Los niños cargan un féretro de madera lisa
la madre va junto a ellos
transparentándose

hay soledades que no tienen rostro
ni pueden ser nombradas

el polvo endurece bajo los pasos
la humedad gotea
el astro de fuego calcina el corazón

hay que ocuparse de los libros
la tormenta entró por la ventana
y lavó la biblioteca

hace días duermen inflados
nadie los tocará hasta que sean fósiles.

La ciudad sigue siendo un pueblo. Sin biblioteca ni teatro. La casa de la cultura consta de una oficina con un computador, un jefe y su secretaria que coordinan actividades en los barrios. El museo, el auditorio y el resto del edificio parecen abandonados. Hay una casa de la memoria que funciona en los bajos de una iglesia cristiana. Abre de vez en cuando.

Pregunto por el barrio Olímpico y el teatro Olimpo, pero nadie los conoce. Una mujer afirma que jamás hubo un barrio llamado así. Ayer un taxista me confirmó que sí existieron.

Al sueño de mi padre ascienden
las alas de un incendio

bajo los palafitos en la arena gris
un niño recoge lápices de colores

el mar trae borradores de goma
que se pueden secar al sol

y bolitas de cobre
que se cambian por monedas

tres centavos de quimera
ochenta y seis mendrugos de gozo
bajo la luz del proyector todos somos iguales

el llanero mestizo cabalga la pantalla de Tumaco
en su caballo de bronce
y enciende su lámpara de querosén
sobre las casas del puerto

nadie vale más que nadie bajo un mismo fuego
¿quién protegerá el cine cuando lo alcancen las llamas?

en el sueño de mi padre se restauran los recuerdos
¿son copos de nieve o es el llanero negro que ha extendido
su capa de escarcha sobre el techo del teatro?

el fuego se ha ido
un niño extiende sus brazos al cielo.

Me quedan dos días. He hablado con contemporáneos de mi abuela, de mi papá y de mis tíos. Mi intención es hallar a alguien que haya conocido a mi familia durante sus años en este pueblo y si fuera posible, visitar una de las casas donde vivieron. Un mototaxista me advierte, me indaga.

¿Usted qué vino a hacer acá?

A la gente no le gusta que le hagan preguntas

¿Dígame la verdad

realmente qué está buscando?

Mejor no salga sola

Estoy a punto de pensar que no existe en realidad ninguna huella. De pronto un hombre me confirma que conoce a alguien de mi lista y me indica cómo llegar a su despacho. No hay teléfono, ni dirección, sólo señas: *Lico. Euliquio Biojó.*

Las mareas definen el mundo
el mar baja dejando kilómetros de playa
o sube hasta la orilla de las casas

entre las grietas
del piso de tablas
los niños introducen sus anzuelos
y pescan a escondidas
en el salón de clase

¡Bala! un aborrajado de plátano verde
que se come bien con piangua
los niños buscan pianguas con el pie
varadas en la arena
como piedrecillas
¡topar piangua!

oscura como almeja de otra raza
las coleccionan en sus bolsas de fique
y en la casa las ponen a hervir

los inodoros son huecos
dan al aire
los desechos caen al mar
los niños se meten

debajo de las casas en marea baja
a *guindiar* mujeres en el baño
cuando una señora pone la queja
los niños son enjabonados
y golpeados hasta pedir perdón

por la carretera hacia el morro
hay matas de Icaco
amarrillo carnosos de una sola pepa
ambrosía que los árboles ofrecen
al alcance de la mano
mientras un niño gana trofeos como atleta
otro es un fruto en riesgo
que lanza a sus hermanos por la borda
de las azoteas en marea alta
tumba las canales de las casas en días de aguacero
para ver cómo se desploma el agua
y aplasta patitos recién nacidos con el pie
el gusano será extraído
con un látigo de tres cabezas
sobre la piel mojada
hasta sangrar.

Hélida enredada en una maraña de hilos
el dolor viene de muchos colores
con la muerte de Julio ha aumentado el trabajo
y se han alborotado las hormonas
cuando sus clientas se desnudan detrás del biombo
los niños las espían
entran hombres solicitando pantalones
pero vienen buscando otra cosa
contrata muchachas del campo
para que ayuden con la casa
pero a ella le gusta cocinar
y le asquea comer otra sazón
las horas no le alcanzan
además de sus ocho hijos
debe cuidar a las muchachas
de las manos largas de los más grandes
el látigo de vaca ha comenzado a ser su mejor amigo
el dolor viene de muchos colores
cada mañana hay que levantarse
hacer el café
empacar ocho niños para la escuela
hundir el pie sobre el pedal de la máquina
espantar los malos pensamientos
seguir hasta la madrugada
la costura es también una red.

Consejo de una monja

*No crea que como monjas no sentimos deseos
y no crea que no tenemos dificultades entre nosotras
cuando una busca a otra para desahogar alguna inquietud
por eso puedo imaginarme que usted como mujer debe sentir deseos
ahora que ha quedado viuda*

*el único remedio que hay para esos males es el hielo
póngalo en un platón con agua
de los que se ocupan para el aseo
y siéntese allí.*



Hay eventos
que nadie contó
el silencio es un lazo pegado al cuello

las palabras desatan nudos
son candado abiertos
y paños alados capaces de sanar

en este libro la palabra es invocación
que sopla un polvillo iridiscente
sobre ciudades olvidadas
y extiende
flores transparentes.

Lico. don *Euliquio*. nombre de fluido. folios apilados en su oficina. firmas sellos. carpetas. si el viento soplara se llevaría el polvo. miles de partículas color marrón despertarían de un sueño de cincuenta años. volarían en espirales hacia el cielo. como la cola de un cometa invisible. arrastrando la historia secreta de un pueblo. hubo otro Biohó. Benkos. el guerrero negro. el comandante de esclavos cimarrones en el Nuevo Reino de Granada. rey de San Basilio de Palenque. tierra de negros libres. borrada de los libros de las escuelas. Benkos Biohó. el valiente. Lico Biojó de Tumaco descende de esa dinastía. quizás no lo sabe.

Tu abuela comandaba una cuadrilla. Jugábamos en la cancha con los tus tíos. En ese tiempo las puertas estaban abiertas y desde todas las esquinas se veía el mar. Nosotros vivíamos en frente. Los recuerdo, pero son recuerdos borrosos. Lico se toma su tiempo para mostrarme el barrio. Caminamos por una Tumaco tumultuosa. Hay gente que se grita de un extremo a otro de la calle entre los pitos de las motos. Un incendio quemó las casas de la calle Obando. El teatro Olimpo no fue reconstruido, ni la cancha de basquetbol. Nos internamos por un callejón. Al fondo un hombre ve pasar el tiempo desde su mecedora. Al lado de su casa hay un lote vacío y cercado. Abajo estacas clavadas sobre la arena, columnas decrepitas que sostuvieron el mundo, ciclos entre mareas y pesca, ahora remotos. El mar deja tarros plásticos, escobas, pedazos de vidrio, muñecos rotos, basura revuelta con barro: Aquí quedaba la casa de tu familia. Nadie volvió a construir allí.

Planto
lirios acuáticos
sobre la tierra baldía
que habitó la vieja casa
tamborcillos en el fondo
derramo entre las estacas
suntuosas Violetas de agua
ninfas que al comer basura
la transforman en manglar
Jacintos de oro que atraen
a la merluza al pargo rojo
al burike al pámpano
a la lisa y al jurel

trenzo al látigo de vaca
perfumados pétalos de aguapé
para mimar la piel dolorida de los niños
disperso taruyas entre los malos recuerdos
amarillas rosas naranjas como sueños nuevos
tiendo boras en la brisa fatal de aquellos días
flores perennes que negocian con cangrejos
para que se lleven el dolor entre sus patas
atenacen con sus tijeras la vergüenza
y se vayan caminando hacia atrás
por los senderos del origen

donde la tunda está pariendo al mundo y todos los peces del mar resplandecen.

Mi abuela de cuarenta años espera de pie en el aeropuerto de Tumaco junto a siete de sus niños. Afuera brilla el ardiente sol. A su lado hay cuatro maletas de cartón. En una va la máquina de coser, las reglas de madera, un paquete de agujas de distintos tamaños, las tijeras, los rollos de hilo y las telas. Otra lleva una paila, el molinillo, la olla pitadora, el colador del café, la vajilla y los cubiertos. La tercera guarda las sábanas y los toldillos. La cuarta la ropa de todos. Cada uno calza un par de zapatos nuevos. Homero, su hijo mayor, con veinte años recién cumplidos, consiguió un puesto como contador del ICA en Palmira, un pueblo del Valle del Cauca, lejos del mar. Durante un año ahorró su sueldo y compró los tiquetes para todos. Alquiló una casa grande y los está esperando. Héliida lleva el corazón encendido, observa la enorme pista desolada con los charcos del último aguacero y a sus hijos limpios, bien peinados, vestidos con camisas de lino que ella les confeccionó. Luce un vestido de cuello alto y aretes de perlas guardados desde los buenos tiempos. Escucha el estruendo del avión al descender, contempla como baja las llantas y cómo se desliza hasta posarse en frente. Dos hombres empujan una escalera rodante hacia la nave, los pasajeros que llegan se bajan. Pasan algunos minutos de suspenso y por el altavoz dan la orden de abordar. Mi abuela escucha sus palpitations compitiendo contra el ruido del motor. Sigue la fila, sube cada escalón detrás de los niños. Entra y no voltea a mirar el mar.

Sueños monos
blancos de papel
colgando de las hebras
en el cuarto de costura
de mi abuela Hélida

cientos de monos
de papel
y tubinos rojos
verdes azules
amarillos.

Tabla con clavitos para colgar hígados, ah, qué digo, hilos. Yo la hice.

Toda esa cantidad de colores que he trabajado yo, Margarita.

Me pasó algo, yo preferí, servirle más a la gente que beneficiarme.

Es que yo fui para los demás y no para mí.

Como hacía camisas, hacía blusas, hacía de todo.

Hay una caja de botones de todas las formas y colores. ¡Y broches! Allí.

¿Tienen nombres los botones?

El de cuatro ojales se usa para camisa de hombre, para camisa de mujer de dos ojales.

¿Hay de un solo ojal?

Sí, con el ojal por debajo, para que se vean delicados.

Tengo qué botar todo eso que hay aquí. Son moldes y cuadernos de costura, anotaciones que traje de Palmira. Es que Margarita, lo que yo trabajé en mi vida no tiene nombre. No fue un día, ni dos. Sino años y años cosiendo. ¡Y no estoy jorobada!

No abuela.

Déjame ver. ¡Qué bonita letra la tuya!

Estos eran moldes de calzones, de un curso de ropa interior. Hice camisa y pantalón de hombre, blusas, vestidos, calzoncillos, calzones. Y vendía ropa interior para mujer, el conjunto completo, pero en esa época el presidente Gaviria empezó a dejar entrar ropa de China, y eso que llegaba lo ofrecían baratísimo. ¡Yo vendía bien!, pero después ya no.

¿Qué cosas te gustaban de la costura, abuela?

Me gustaba todo. Tantas cosas. Me gustaba que la máquina era rápida, a mi todo me gusta rápido. Aprendí a tejer, pero se demoraba mucho, en cambio coser era rápido. Y tenía que atender muchísimos clientes.

¿cuáles son tus colores preferidos?

Los colores míos, los habanos. El rosa no. Los azules me encantaban, el verde no me gustaba, pero tenía ropa verde. El café claro. El rojo nunca. El blanco. El amarillo no. El naranja sí.

Tengo todavía la falda blanca del vestido de cuando cumplí los ochenta, que Arabella me regaló. (mi padre interrumpe) *Ustedes se pueden quedar allí todo el día, pero hay otros compromisos...*

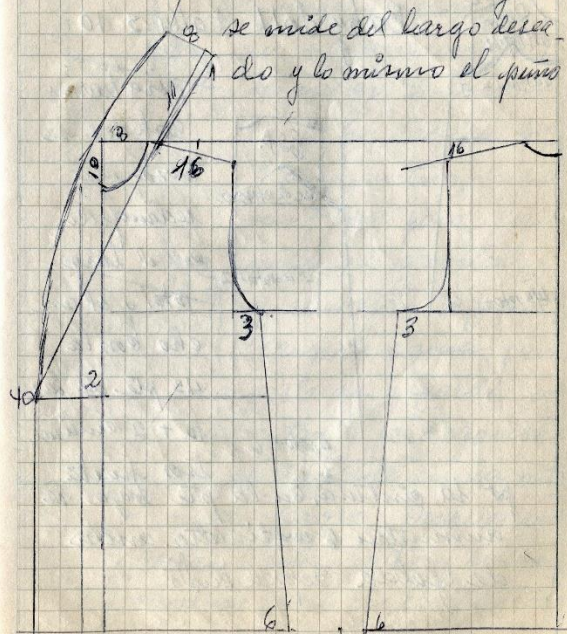
Abuelita, me da mucha alegría estar aquí. Vine a verte antes de regresar a El Paso.

¿Dónde es que queda eso, Margarita?

En Texas, en el desierto...

Para trazar la levatadera
 para hombre según la talla, se
 traza un rectángulo con el
 largo total, parte delantera de
 2 cent. para cadera. Hacia
 arriba se dejan 15 cent. y hacia
 afuera también 15. Se mide el
 escote ancho y largo. el hombro
 es 1 cent. más largo que el de la
 camisa según la talla, de ancho 4
 centímetros más que la camisa.
 de ancho de cuello se le añaden 2
 centímetros sobre los hombros, de cai
 da 4 cent. hacia arriba. Luce
 una línea que unida el ancho de
 cuello + 1 cent. hacia afuera,
 de ancho se miden 2 cent. del hom
 bro hacia abajo se miden 40 cent.

La parte de atrás se traza igual
 pero sin aumento de los 15 cent.
 arriba y adelante. La manga



Moldes de papel seda extrañas reglas curvas de madera
un metro para medir resortes botones alfileres
hilos pedazos sueltos sobre las baldosas rojas
agujas de todos los tamaños tijeras de costura
innumerables cortes de tela
lino
dacrón
seda
franela
organdí
muselina
encajes
Me gustaba preguntar los nombres

Acompañaba a mi mamá al *El Sí* un almacén de telas en Cali
mi mamá también es modista
recuerdo el olor de los tintes
había estampados grosores tonos
caminaba entre los enormes rollos
pasando mi mano
una estampida de sensaciones

El universo de la costura pertenecía a mis imaginarios de niña. Mientras escribo sobre mi abuela, pienso que es como coser con los hilos rotos, trabajar con la memoria sus conexiones y sus vacíos. Mi mamá no es hija de mi abuela. Es su nuera. Gracias a la costura establecí entre ellas un vínculo. Rebecca Solnit, dice que todo el mundo está influenciado por las cosas que precedieron a la educación formal, que aparecen de la nada y de la vida cotidiana, a estas influencias las llama: *las abuelas*.

Hélida cosió más de medio siglo
a sus setenta perdió la sensibilidad
en la pierna derecha
así caminaba y seguía cosiendo
mi madre tuvo calcificaciones en la misma pierna
le reemplazaron la cadera y le prohibieron usar la máquina
cuando un trabajador de fábrica
se lastima a causa de su trabajo
se le indemniza
mi abuela y mi madre trabajaron para sus familias
construyeron nuestra vida
con sus manos
sin recibir pensión.

I.

En este libro construyo una red

¿Cuántos hilos tiene mi tela?

Los hilos son la materia prima de la urdimbre

armar los moldes

entender el orden del puzle

¿Qué pretendo?

reconstruir los vínculos

usar el hilo de la palabra

coser

lo que está roto

unir las piezas sueltas

tantas

aunque sean tantas

sanar.

II.

El trabajo de Héliida

fue una danza

de resistencia

este libro

es un gesto

este libro

es también

un conjuro.

Delicada fibra
nacida del agave tropical
resistente y liviana
que puede trenzarse
doblegarse y no romperse
la cabuya

de redes y costales
de bolsas y alpargatas
planta como elixir

sisal o henequén
que llegó de Kenia y de Tanzania
ese fique que te emparenta con Nefertiti
también pertenece
a las dinastías Azteca, Maya e Inca

el maguey que compone sus hebras
es el papel con el que escribo
y sus espinas
las agujas para enhebrar tu historia
enlazada con la mía.

Voy a hacerte

una corona
de luciérnagas

un trono de raíces
de manglar
de follaje

decorado de conchas
y estrellas marinas

un vestido de algas
trenzado de plancton

voy a invocar tu lumbre
dentro del misterio

desde la recóndita
memoria
del agua

la más primitiva
la insondable.



Mar pacífico. Vasta extensión de aguas misteriosas de colores ocres y turquesas. Lugar de origen. *Tu forma no es otra cosa que el vacío y tu vacío es exactamente tu forma. Dharma. Trasciende la angustia y el sufrimiento. Nada es puro ni es impuro. Nada está aumentado, nada puede disminuir.* Tus aguas turbulentas sólo existen, sin pretensión, sin logros. Sin ansias. No hay nada que alcanzar. Más allá de la sabiduría está el final de todo sufrimiento. Cuando Héliida parta se unirá con tus aguas y establecerá esta conciencia. Yo declararé: *ella se ha ido hacia la otra orilla y se ha unido al infinito sin haber salido nunca.* Sus alas y su fuego brillarán en las estrellas.

El Dharma dice: sin oído, pero la respiración del mar se escucha en los huesos y más allá del cuerpo. Dice: sin olfato, pero el salobre y las algas transpiran sobre la humedad colmando el aire. Dice: sin ojos, pero el sol reverbera sobre las piedras, fulgura en los bordes de las olas enroscadas, y resplandece en los granos de sílice, como constelaciones de planetas dentro de planetas. Dice: sin gusto, pero la lengua se refresca con el agua de los cocos y la saliva inunda la boca de frutales y peces, donde todo es fértil. Dice: sin tacto, pero los pies se deslizan sobre arenas de seda oscura, y el cuerpo renace, envuelto entre aguas voluptuosas que acarician como vestidos de nubes.

Ahora, de todo corazón, acepto quién soy...

Toda la meditación es una sucesión de imágenes. Vuelvo a la respiración, a mi cuerpo sentado en loto. Al aire entrando a mis pulmones y mi mente llevándolo a todos los rincones de mi interior. Nos desplazamos sin mirarnos. Percibo una figura altiva y oscura. Me alinee con su presencia. Ella no sabe que en esta meditación es mi abuela. Nos volvemos a sentar. Reparten el té. Cerramos los ojos de nuevo. Terminamos. La mujer está en la cocina con otra señora, hablan de la dificultad de la postura, del hormigueo de las piernas, del dolor en las rodillas. Me presento para estar cerca. Me da la mano, sonrío. Me atrevo a preguntarle su nombre: *Eternity.*

(Meditación zen. El Paso, Texas, 2020)

Referencias

Bibliografía del Prefacio Crítico

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. 2004. Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia, traducción de José Vázquez Pérez y Umbelina Larraceleta. Valencia: Pre-Textos.

Irene Nahir Chada Hauría / *Édouard Glissant: aproximaciones al pensamiento antillano contemporáneo*, Dossier Revista en línea de la Maestría en Estudios Latinoamericanos, Universidad nacional de Cuyo, Argentina, 2014.

Glissant, Édouard, *Poétique de la Relation. Poétique III*, París: Gallimard, 1990.

Segura Yolanda, “Otro modo que no se llame”, Tsunami. Sexto Piso, México: 2019.

Castellanos, Rosario. “Meditación en el Umbral”, n.d. *Ciudad Seva, Casa digital del escritor Luis López Nieves*. Web.

Guerrero, Maricela, “Carmen”, n.d. Web, Lyrikline.org de Gedichte. 12790

Mejer Caso, Valerie, This Blue Novel, Actions Books, 2015, Notre Dame, Indiana, 2015

Eleni Sikelianos, *You Animal Machine*, Coffee House Press Books, 2014.

Maletín de relatos del Pacífico, Ministerio de Ambiente y Desarrollo sostenible-Fondo Acción-Instituto Caro y Cuervo, Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, Torre Balnea Agencia Gráfica, Bogotá, abril 2017.

Rutas de la libertad 500 años de travesía, Roberto Burgos Cantor, Editor General, Ministerio de Cultura-Editorial Pontificia Universidad Javeriana, enero, 2010

¹Escritoras na literatura afro-colombiana* Escritoras en la literatura afrocolombiana Women Writers of Afro-Colombian Literature. Francineide Santos Palmeira Universidade Federal da Bahia, Brasil. Recibido: 15 de marzo de 2013. Aprobado: 26 de abril de 2013. Estudios de Literatura Colombiana, N.º 32, enero-junio, 2013, ISSN 0123-4412, pp. 87-102

Maya, Luz Adriana. 1999. “Brujería y reconstrucción étnica de los esclavos del Nuevo Reino de Granada. Siglo XVII”: 193-217, en Adriana Maya, “Los afrocolombianos”, en Geografía humana de Colombia. T. VI. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.

Fuentes directas para la escritura de Héliida

Conversaciones con mi abuela, Héliida Marmolejo, Cali Colombia entre 2002 y 2019.

Entrevistas a mis tíos, Horacio Mejía, Arabella Mejía, Bogotá, Colombia 2019.

Entrevistas a mis tíos Gabriel Mejía, Tulio Mejía, Fernando Mejía, Carlos Mejía, Cali, 2019.

Entrevista a mi papá, Mariano Mejía, Cali, Valle del Cauca, Colombia, 2019.

Entrevista a “Lico” Euliquio Biojó, Tumaco, Nariño, Colombia, 2019.

Entrevista a Jaime Ortiz, Tumaco, Nariño, Colombia, 2019.

Diarios de mis viajes a Providencia en 2000 y 2011, al Chocó en 2001, a Buenaventura en 2009 y 2019 y a Tumaco en 2019.

Fotografías que tomé en los mares de: Chocó en 2001, Buenaventura y Juanchaco en 2009 y 2019, Providencia en 2011, Mar del Palta en 2009 y Tumaco en 2019.

Reproducciones Fotográficas del álbum familiar de mi abuela.

Libros consultados

Rutas de la libertad 500 años de travesía, Roberto Burgos Cantor, Editor General. Ministerio de Cultura-Editorial Pontificia Universidad Javeriana, enero, 2010

Maletín de relatos del Pacífico, Ministerio de Ambiente y Desarrollo sostenible-Fondo Acción-Instituto Caro y Cuervo, Proyecto “Apoyo a la preparación para REDD+ del FCPF”, Torre Balnca Agencia Gráfica. Bogotá, abril 2017.

Amalú Pozo Figueroa, *Vean Vé, mis nanas negras*, Ediciones Brevedad, Novena Edición. Bogotá, enero, 2010

Gabriela Castro Rico, *Teresa Martínez de Varela*, una chocona de armas tomar, perfil publicado en el diario El espectador. Colombia, 3 de octubre de 2017

Solnit, Rebecca. *Los hombres me explican cosas*, dentro del ensayo: *Abuela Araña*, Capitán Swing gremio de librereros. Madrid 2017.

Segura, Yolanda. Poema dentro del libro *Serie de Circunstancias posibles en torno a la mujer trabajadora*, Manuscrito 44.11.17, de próxima publicación. Ciudad de México, 2017

Antología de mujeres negras afrocolombianas, Biblioteca de Literatura Afrocolombiana, Ministerio de Cultura. Bogotá, 2010

Varios autores. *Las mujeres en la historia de Colombia Tomo II Mujeres y Sociedad*, Dirección editorial Magdala Velásquez Toro. Grupo Editorial Norma. 1995

Cote Lamus, Eduardo. *El Diario del Atrato y del Alto San Juan*. Informe Oficial, 1957.

Palacios, Arnoldo. *Las Estrellas son negras*. Editorial Progreso, 2ª edición, Universidad del Valle y Ministerio de Cultura, 2009.

Palacios, Arnoldo. *Buscando a mi madre de Dios*, Editorial Iqueima, 1949

Palacios, Arnoldo. *La selva y la lluvia*, Editorial Progreso de Moscú, 1958.

Laurence E. Prescott, *Evaluando el pasado, forjando el futuro: Estado y necesidad de la literatura afrocolombiana*, The Pennsylvania State University, Revista Iberoamericana. Vol. LXV, Nums. 188-189, Julio-diciembre 1999.

Bibliografía de las imágenes

- Mejía, Margarita. *Universo prieto* ©2001, Chocó, Colombia.
- Hélida y su amiga bajo el almendro*. Bahía Solano, Chocó, Colombia, hacia 1953.
- Google Maps. Antigua vereda Palosecal, Virudó, Chocó, Colombia. Map data 2016.
- Mejía, Margarita. *La red*. Dibujo hecho en mi diario personal ©2002, Cali, Colombia.
- Mejía, Margarita. *Constelaciones acuáticas* ©2009, Mar del Plata, Argentina.
- Mejía, Margarita. *La lechuza* ©2001, El Valle, Chocó, Colombia.
- Mi papá y mis tíos en la playa*. Bahía Solano, Chocó Colombia, hacia 1955.
- Mejía, Margarita. *Mi cuerpo es el mar (1)* ©2011, Providencia, Colombia.
- Mejía, Margarita. *El espíritu del agua /tríptico (1)* ©2009, Juanchaco, Colombia.
- Mejía, Margarita. *El espíritu del agua /tríptico (2)* ©2009, Juanchaco, Colombia.
- Mejía, Margarita. *El espíritu del agua /tríptico (3)* ©2009, Juanchaco, Colombia.
- Mi abuelo Julio Mejía*. Tumaco, Nariño, Colombia, hacia 1963.
- Mi abuela Hélida y sus hijos*. Tumaco, Nariño, Colombia, hacia 1965.
- Mejía, Margarita. *Mi cuerpo es el mar (1)* ©2011, Providencia, Colombia.
- Cuaderno de costura de Hélida*, Cali, Valle del Cauca, Colombia. Agosto de 1994.
- Mejía, Margarita. *Herencia /díptico* ©2003, Cali y Bogotá, Colombia.

Vita

Margarita Mejía, nació en Palmira, Colombia, en 1973. Creció en Cali. Estudió Comunicación Social y Periodismo en la Universidad Autónoma de Occidente, mientras trabajaba como fotógrafa para el periódico La Palabra de la Universidad el Valle. Se instaló en Bogotá en 1998 y vivió allí por diecinueve años. Fue profesora en la Facultad de Comunicación de la Universidad Externado y se especializó en Fotografía por la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia. Sus fotografías artísticas han sido exhibidas en numerosas exposiciones individuales y colectivas. En el año 2013 publicó su primer poemario, *La imprecisa Memoria*, con la editorial Isla de Libros. En 2015 recibió una Mención de Honor en el Concurso de Poesía Ediciones Embalaje del Museo Rayo. En 2017 ganó una beca para Estudiar la Maestría en Escritura Creativa en La Universidad de Texas en El Paso, Estados Unidos. Allí trabajó como coeditora para la revista Río Grande Review, entre 2017 y 2018, e hizo parte del equipo creativo del Departamento de Escritura Creativa. Obtuvo la Beca de Investigación del Verano de 2019 por parte del Departamento de Estudios Graduados de UTEP para avanzar en la escritura de sus tesis. En la primavera de 2020, la misma institución le otorgó una distinción por su desempeño como estudiante excepcional. *Hélida*, es su tesis de Grado. Sus poemas se han reseñado en las antologías, *Poesía colombiana del siglo XX, escrita por Mujeres*, 2014, por la editorial Apidama Ediciones, y *Nuevo Sentimentario*, 2019, por la editorial Luna Libros. También se han publicado en las revistas digitales: Yzur, Otro páramo, La raíz invertida, Ping-pong y Claroscuro, entre otras. Actualmente es instructora de la clase Introducción a la Escritura Creativa en español, en el Pregrado del Departamento de Escritura Creativa de UTEP.